



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.—Ap. 547.—Teléfono 1843

## SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER  
Sección vermouth.

FELIX RECIO  
Una recomendación.

JOSÉ MOREIRA  
Fíate de la Virgen...

FERNANDO AMADO  
Tanto tiró de la cuerda...

LUIS DE OSSA  
¡Al fin solos!...

JACINTO CARMIN  
Compensación.

EL DOCTOR BOMBARDA  
Un atractivo menos.

TOVAR, CYRANO  
Y DEMETRIO

Varios dibujos y retrato de  
Emilia Benito.



**5** cénts.

EMILIA BENITO

Muy flamenca, muy española y muy artista.





No hay duda alguna que estamos condenados á tener constantemente algún motivo de contrariedad. Cuando soñábamos con que nos iban á alegrar la vida, con la pintoresca remesa de moritos de la policía indígena, la realidad ha venido á demostrar que valiera más que se hubiesen quedado en su respectivo aduar, porque nos han venido *aduar* más desazones que alegrías.

Por lo pronto han venido á meter una barbaridad de ruido; el tabor de Alhuce-

que dan ganas de decirles al ver sus aromáticas chilabas: «*chi-labas* esa indecencia de saco que llevas sobre tu achocolatado cuerpo harás una saludable obra de higiene.»

Y sobre todas estas cosas, hay una razón poderosísima, y es la fama más ó menos justificada que tienen esos hijos del Profeta, y que nos perjudica algún tanto á los ojos femeninos.

La leyenda parte de los nudos que tienen en sus jaiques, y como es tradición,

aunque no sea verdad, resulta que cuando van por las calles esos tíos tan enormes, con unos pies elefantiásicos metidos á la holgazana en bubuchas de color canario, las miradas de ellas van directamente al jaique, y hasta las hay que fascinadas se van detrás como los chicos para enterarse de si es verdad eso de los nudos.

Y ¡la verdad!, bien está que á los chicos, que al fin chicos son, les pique la curiosidad por cosa tan problemática, pero que también les pique á las mujeres tan pronto les echan la vista encima, es cosa un tanto escamante. Porque ellos, aunque de una religión completamente contraria á la nues-

tra, pueden hacerse los locos, cuando los niños se les aproximan al jaique, pero lo que no debemos tolerar es que exclamen, por ejemplo: «*De jai que las cristianas se acerquen á mí.*»

Ya que se han venido sin moras, que pasen las *morás* como cada quisque.

A tal extremo ha llegado esa conquista originada por una falsa tradición, porque es de suponer que lo de los nudos es una novela por entregas, que si los africanos

## AL DESPERTAR



El.—Bueno... ¿y tú cómo te llamas?

mas, el tabor de Ceuta, el tabor de Melilla... y ¡naturalmente!, con tanto tabor, parece que estamos en Nochebuena.

Después, nos interceptan el tránsito público, porque cada uno de esos sujetos de tez bronceínea, y gragas de maragato, arma una escandalaria por donde quiera que va llevando detrás de sí más chiquillos que *Bombita* ó *Gallito chico*.

Luego, nos perfuman el ambiente con sus naturales emanaciones, al extremo de





*El criado.*—Seré prudente, señora marquesa.

*Ella.*—Así lo espero, y no vayas á creer por lo que ha pasado entre nosotros, que vas á ser más que el amo.

no se van pronto, va á ser preciso, para poder acercarse á las señoras, ponerse un trajecito suelto de esos que ellos usan, colocarse en la cabeza un pimiento colorado, lo más picante posible, para mejor imitar al fez, aprenderse tres ó cuatro cosas en árabe vulgar, aunque sea de lo más vulgar que se conoce, y lanzarse á la calle en chancletas seguro del éxito.

Porque en cuanto que se conoce, aunque no sea más que de vista, el árabe, ya se puede decir «¡Árabe-rá usted lo bueno!» y dándole un poco de entonación de bajo, de lo más bajo que sea posible, se arranca el interesado y con soltar un «Jamalajá» á tiempo, conquista hecha.

Y no digo nada si terciándose el pimientito, ó sea el fez, y guiñando el ojo le deposita en el oído derecho esta frasecita completamente mahometana:

—¡Alah te guardel! (Aquí dos zalemas).

—¡Mo-jha-melah! ¡Jahama-mehláh!

—¡Jah, Jah!...

Cosa hecha en el acto, pues para algo

esos morazos reciben el calificativo de fuerza indígena, completamente indígena. Ninguna resiste de seguro á esta atribuyente prueba.

Meros mal que mañana cumplen la misión que les trajo aquí para perturbarnos, y el lunes ó el martes ahuecarán el ala todos los tabores. Pero ya se tocarán las consecuencias de su paso por aquí. Al fin y al cabo han sido la friolera de setecientos hombres armados ¡y todos ellos completamente musulmanes!

Lo que dirán algunas, recordando con cierta fruición la visita de los muslines:

—¡Ay qué muslines! ¡Pero qué muslines!

**Un pequeño reporter.**

## INOCENCIAS



*La niña.*—Mamita, ¿la doncella es una niña como yo?

*La mamá.*—¿Por qué dices eso, vidita mía?

*La niña.*—Porque papá la coge en brazos y hasta que la duerme no para.



## : Una reco- mendación

me había dicho:

—Es una muchacha no mal parecida y demuestra un gran interés por usted.

—Pero ¿no ha dicho cómo se llama?

—No, señor.

—¿Ni lo que desea?

—Tampoco. Todo su afán es verle y ha-

Ya llevaba más de quince días viniendo á casa á buscar-me. La patrona

las siete de la mañana que levantarme á las seis de la tarde.

Y, ¡claro!, con esta irregularidad es difícilísimo dar conmigo en casa.

Eso era lo que venía ocurriéndole á aquella muchachita que tanto interés demostraba por verme.

—¿Está don Félix?

—No, señora; precisamente hoy ha almorzado á la una y ha salido inmediatamente.

Al otro día se presentaba allí á las ocho de la mañana, creyendo así encontrarme.

—Pues, nada, hija mía: no ha venido á dormir en toda la noche, y ya jéchele usted un galgol

Así me lo contaba siempre la patrona, y esto acabó por intrigarme.

—Cuando venga, dígame usted que si no tiene prisa, me espere.

—¡Justo! Para que aquel día le dé á usted la ventolera de venir á las doce de la noche y se haya llevado la pobre todo el día esperando.

—¡Qué importa! Dígame usted que espere sentada.

Y por lo visto la muchachita se avino con



La francesa.—Tomaguemos un fiacre paga hablag mas comodamente.

El camastrón.—Vamos por partes...

La francesa.—Ya... ya iremos en el fiacre...

El camastrón.—Es que fiacre de la virgen y no corras.

blarle; pero como usted no tiene hora fija, siempre que la pobre ha venido, se ha llevado chasco.

En esto, como en decir que le debo dos meses de pupilaje, tiene la patrona muchísima razón.

Yo soy el hombre de menos arreglo que puede haber en el mundo.

Hay días que ceno á las once de la mañana y días que me desayuno á las ocho de la noche: lo mismo me da acostarme á

## ¿QUERRA FUMAR?



—¡Si yo me atreviera! ¡Total con enjuagarme la boca después!...

*Demetrio*



lo propuesto y siempre que iba, fuese la hora que fuese, tomaba asiento y se pasaba las horas muertas esperando.

La primera vez lo hizo en el recibimiento.

Todos los huéspedes (¡y cuenta que en la casa somos nueve nada menos!) confor-

## LUCHA GRECO-ROMANA



Ella.—No, á ese juego no quiero porque puedo morir por aplastamiento.

me iban llegando fijábanse en ella al ir á colocar el sombrero ó el bastón en el perchero, al lado del cual estaba sentada la joven.

Todos la pasaron revista, y ella soportó la cosa con una heroicidad digna de mejor causa.

Al día siguiente la patrona le dijo:

—Joven: ahí, en el recibimiento, no está usted bien. Pase usted al comedor y allí puede esperar.

Pero ocurrió lo mismo, porque al cabo de tres horas de esperar llegó el momento de comer y los ocho huéspedes llenaron el comedor.

Aquella vez hubo alguno que se permitió gastar una broma dirigiéndole la pala-

bra, y todos los demás siguieron el mismo camino, á pesar de que ella no contestó ni mucho ni poco á las impertinencias de mis compañeros de hospedaje.

La patrona volvió á compadecerse de aquella criatura, y el otro día la hizo pasar á su gabinete; pero como quiera que la patrona tiene un asunto en el Tribunal de Cuentas, viene á verla muy frecuentemente un alto empleado con el que confiere á solas sobre el tal asunto.

Y ¡tampoco pudo estar en el gabinete mucho tiempo la desdichada joven!

Hay cierta clase de asuntos, sobre todo los de mi patrona, que todavía es joven y guapa, que no pueden tratarse delante de nadie.

—Mire usted, hija mía, lo mejor para que esté usted más tranquila es que espere á don Félix en su cuarto: allí no entra nadie y allí puede estar más cómodamente.

La cosa no pudo estar mejor pensada.

—Sí, señora, sí: hoy le aguardo allí hasta la hora que sea, si usted me autoriza.

—No hay inconveniente.

—Porque voy á serle franca: yo vengo á que me coloque en el coro de algún teatro, sea como sea. Me han dicho que él «mete» mucha influencia en todos.



—Chica, qué diferencia. ¡Yo te conocí con un trapo detrás y otro delante!

—¡Exagerado!... ¡Eran dos confettis!





La niña.—¡Mira, mamá, el señor del segundo, el que un día le tiró á su señora una silla á la cabeza!

La mamá.—¡Va, al fin y al cabo ella da motivo para que se la tire todos los días!

—No me parece mal—contestó, según parece, mi patrona.

¶

Serían las tres de la madrugada.

El sereno me alumbró por la escalera, abrí con el llavín la puerta del cuarto y seguí á obscuras todo el pasillo. ¡No tenía cerillas!

Me desnudé á tientas y me metí en la cama...

—¡María Santísima! ¿Qué hace usted aquí?

—Pues... ¡esperándole á usted! Ya estaba rendida de esperar... *sentada*.

¶

A la mañana siguiente le dí la recomendación.

**Félix Recio**

## Las posturas de Juanita

¿Saben ustedes lo que es una *combiná*? Pues, poco más ó menos, una *martingala*.

Y eso, una *martingala* ó una *combiná*, como ustedes quieran, es lo que se trae Juanita con sus posturas.

¿Que viene Ramírez, aquel pollo apasionado, violento, deseoso, lleno de ansias?..

Pues su postura es desdeñosa, su gesto recalitrante... Juanita está hastiada.

¿Que el que llega es López, el serio, el pensativo, aquél que parece que siempre está abstraído?

Juanita, entonces, se despereza volup-



—¡Lo que me asombra, después de conocerlo, es la resistencia que tiene la tela del pantalón de Luis!

tuosamente, sus ojos se brillantan con el resplandor del deseo, sus labios mates y resecos se entreabren pidiendo besos... Juanita ansía amores.

Y el resultado es el mismo.

Ramírez ante los hastíos, y López ante las ansias, sienten las mismas sensaciones.

Y Juanita, al observar su triunfo, goza satisfecha, los éxitos de sus posturas.

Porque esa es su *combiná*.

Esa es su *martingala*.



## Fiate de la ■ Virgen...

Mi amigo Zaragatín, boticario de fama, fué siempre hombre enamorado y afortunado en toda clase de empresas pasionales. No sabemos si la ciencia farmacéutica ejerce por sí honda influencia en las mujeres ó si los boticarios, dados y entregados al amor, aplican sus conocimientos á la confección de los clásicos filtros envenenados con objeto de allanar toda clase de inconvenientes; lo cierto es que el amigo Zaragatín no encontró nunca una mujer que se resistiese á sus halagos, ni mucho menos que se arrepintiese de ellos.

De él podrían contarse más aventuras que de don Miguel de Mañara; indudablemente menos poéticas, pero siempre deliciosas y abundantes en peripecias emocionantes. Muchas señoras, enteradas de su fama de galanteador incansable, acudían á la botica sin más fin que conocer al boticario, y como su corrección y nombre honesto no les permitía declarar francamente el verdadero objeto de la visita, comprábanle pastillas de goma, un frasco de jarabe, ó cualquiera otra quisicosa lo menos farmacéutica posible.

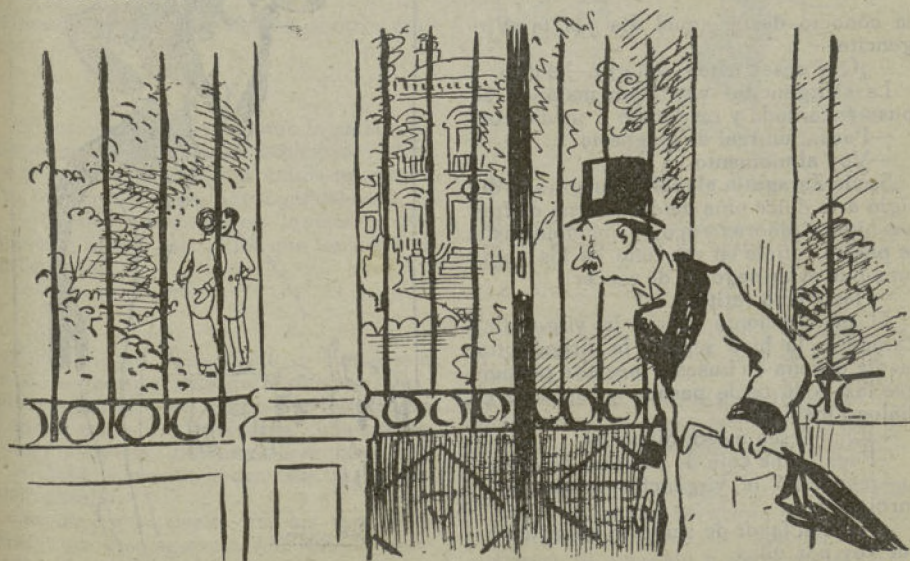
Alguna de ellas conseguían flechar al seductor, y halagada por este éxito con hombre tan famoso, llevábase al final media bo-

tica y llenaba la casa de potingues que poco á poco se iban consumiendo en la soledad de un cuarto oscuro. Los criados se pasaban el día oliendo por el agujero de la cerradura; el marido ó el amante inquirían el motivo de aquella invasión de específicos de todas las marcas, pero la señora en cuestión deshacía sospechas y temores con una enfermedad muy oportuna y bien estudiada, para curar la cual entraban en combate los antedichos menjurjes. Y de esta manera iba encumbrándose Zaragatín como boticario y como amador.

■

Cierta tarde, entre dos luces, entró en la botica una muchacha de unos veintidós años de edad, toda candor y modestia. Su rostro era ovalado, muy blanco y fino. Tenía la boca fresca y encarnada, los ojos negros, las narices un poco levantadas, la barba redonda, y cobijaba todos estos encantos bajo una mantilla un poquito rizada, pero limpia. Su pecho acusaba una flamante madurez y su cintura fina y sus caderas recogidas revelaban una virginidad arcaica.

Zaragatín, á quien la experiencia había hecho infalible en sus juicios, envolvió á la niña en una mirada incandescente, á la que ninguna virgen hubiera podido resistir, y



—¡Caramba! ¡Ya podían poner unos visillos en la verja!



## LA JAQUECA DE LA VIUDA



—¡Estos dolores me matan! ¡Vaya, tendré que tomar un sello de ese específico, aunque no es el mejor consolador, diga el médico lo que diga!

la conoció desde aquel día por la «Virgencita».

—¿Qué desea usted, señorita—la dijo.

La «Virgencita» vaciló un instante, se puso encarnada y respondió á media voz:

—Pues... un real de magnesia.

—Voy al momento.

Sirvió Zaragatín el real de magnesia, dirigió á la dulce niña media docena de frases hipnotizadoras y acompañándola hasta la puerta, díjole en ese tono de los hombres que están seguros de vencer:

—Hasta otro ratito.

Al día siguiente volvió la virgencita; Zaragatín la hizo sentar, la dirigió otra media docena de frases á más alta presión que las de la tarde pasada y repitióse el diálogo inevitable.

—¿Qué desea usted, hija mía?

—Pues... una caja de pastillas de clorato—respondió la virgencita vacilando y enrojeciendo.

—Haga el favor de sentarse un instante, que voy por ellas.

Zaragatín interpretó la vacilación y el rubor como síntomas evidentes de que la

virgencita había caído en las redes del amor y se propuso dar al día siguiente la batalla decisiva. Y...

—Hasta otro ratito—repitió estrechándole la mano ante la puerta.

Zaragatín estuvo todo aquel día pensando en los apetitosos encantos de la virgencita, y bien puede decirse que se le trastornó la cabeza de tanto imaginar cómo se las arreglaría para hacerse dueño de aquel tesoro que se había colado de rondón en la tienda y prendido fuego en el corazón de nuestro inflamable boticario.

En efecto, volvió la virgencita por tercera vez á la botica; recibióla Zaragatín eminentemente seductor, y como la vacilación y el rubor acentuáranse en ella de un modo que no daba lugar á dudas, nuestro admirable farmacéutico la cogió por la cintura, estampó en sus labios un beso mortal y la arrastró hacia la trastienda endilgándola un discurso amoroso que para sí hubiera querido Tenorio cuando arremetía lleno de pasión, ora contra las romanas capri-

## ANTES DE SALIR Á LA PISTA



—¿Cómo se entiende, Yoli? Primero es la obligación.





El marido.—¡Qué desgraciado soy, tengo una mujer hermosa y siempre me la encuentro indiferente! ¡Siempre me la encuentro fría!

chosas, ora contra las damas de otros países.



Minutos más tarde, cuando la calma renació en el corazón del boticario y despertóse la virgencita del amoroso ensueño, preguntóle él en tono confidencial:

—Conque, vamos á ver, ¿qué es lo que venías á buscar estos días que tanto rubor te causaba?

—Esto, amor mío.

—¿Esto?

—Sí.

Zaragatín se puso lívido, y buscó una silla donde apoyarse para no caer. Después, reponiéndose, cogió á la virgencita por la mano y la plantó en la calle sin ceremonia alguna, diciéndole á la par:

—Quien necesita ahora este frasco soy yo, señorita.

No hay que decir que las empresas amorosas de Zaragatín han estado interrumpidas durante mucho tiempo.

**José Moreira.**

## ❖ Tanto tiró de la cuerda...

Sí, lector; á veces se tira tanto de la cuerda, que la cuerda se rompe, y hace, tal vez, bien. Así le ocurrió noches pasadas á la bella Lunita, «estrella» mimada de uno de nuestros *music-hall* más concurrido, en el que derrochaba su arte y su gracia todas las noches, deteniendo ante ella las miradas de los jóvenes, que en sus rostros resecos y ardientes, reflejaban la pasión violetta, y las de los viejos que no podían evitar que sus ojos y sus labios se humedecieran lascivamente al admirarla.

Sus bailes orientales, sus danzas modernas, sus canciones sicalípticas, tenían



El.—Qué gusto me iba á dar si usted me hiciese un traje.

Ella (con chunga).—Tendrá que ser á la medida.

El.—Y aunque esté un poco ancho ¡qué demonio!

verdadero sello de novedad y un atractivo de hembra mefistofélica, que la hacía deseada de todos.

La bella Lunita se veía asediada por sus admiradores, y los aspirantes á una caricia suya, que nunca llegaba, se contaban por docenas.

Pero había entre ellos, uno, que, desde el primer momento, fué elegido por la bella Lunita, para que fuera su poseedor.

Arturo, el elegante y hermoso Arturo, sería de ella y ella de él.

Mas, en sus refinamientos de mujer ga-



lante, la bella Lunita aspiraba á poseer á Arturo cuando ya el deseo lo hubiera enloquecido por completo, cuando estuviera á punto de desesperar, cuando hubieran llegado las pasiones del arrogante mozo á la mayor excitación, porque así confiaba ella encontrar placeres nuevos, ansias desconocidas, goces dignos de una pareja tan singular, como la que formarían enlazados al fin, por el abrazo del amor, la bella Lunita y el hermoso Arturo.

Por eso la estrella no se contentó con di-

pezaban á verse cruzados por ligeras arrugas reseca...

La bella Luisita se refocilaba con todo aquello, que ella observaba con deleitosa satisfacción, porque lo saboreaba como el prólogo de una infinita serie de placeres.

Y, ya en este camino, se gozaba en prolongar el calvario de Arturo, segura de que aquellas amarguras eran rencillas que se multiplicaban para multiplicar también los goces ya próximos.

Una tarde, aquella mujer, para Arturo cada día más extraña, llegó á exhibirse ante él sugestiva, como nunca mujer alguna se presentó ante Arturo.

Desperezándose medio adormilada, sonriendo placeres y balbuceando goces: aquella tarde era la elegida por Luisita.

El momento fué solemne.

Y en los ojos de Arturo brilló un fuego verdaderamente devorador. Pero aquel fuego fué sólo una chispa que lanza la hoguera que se extingue.

Porque Arturo estaba agotado; le era imposible corresponder á los deseos de su amada.

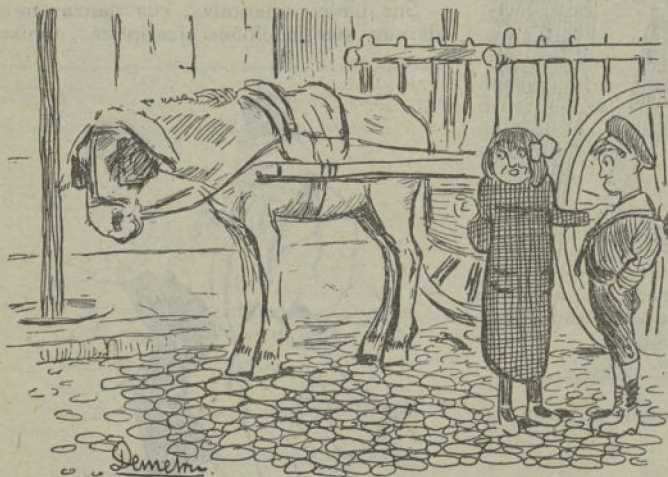
La bella Luisita había saboreado

con excesivo deleite los placeres del esperar y había agotado, en el fuego del deseo, las energías de aquel espíritu antes incendiador y que ahora era un montón de cenizas. Arturo hubo de declararse vencido. La bella Luisita se mordía la carne, su carne hirviendo, castigándose por el grave pecado cometido de esperar demasiado.

Por eso te decía al empezar, lector, que, á veces, tanto se tira de la cuerda, que la cuerda se rompe... ó se afloja cuando menos.

**Fernando Amado.**

## EL BURRO MISTERIOSO



*El niño.*—¡Te digo que es burral!

*La niña.*—¡No, Pepito, es que está encantado; ayer por la mañana era burro completamente!

rigirle miradas apasionadas, desde la escena, ni prodigarle sonrisas y contestar cariñosamente á sus frases en el foyer; lo admitió en casa, le permitió que la visitase con frecuencia y se complacía en recibirle con la confianza reservada al íntimo, adoptando ante él posturas que parecen rasgos de ingenuidad y que son producto del estudio inteligente de una mujer ducha en provocar deseos.

Pero... nada más.

Arturo no conseguía nada.

Las ansias que sufría iban haciendo mella en su ser; los ojos de Arturo se rodeaban de círculos cada vez más hondos y más negros; sus labios palidecían y em-



**¡Al fin solos!...** Toda la comarcarca extremeña estaba emocionada. El joven marqués de los Molinos, que tenía fama extraordinaria de calavera, casi tanta allí



—Oye, sinvergüenza, ¿con qué pendón soñabas anoche, que no hacías más que decir: «Lolita, Lolita»?

—Contigo, mujer; es que en sueños te cambio de nombre.

como el ilustre y picaron hijo de aquella tierra D. Felipe Trigo, siguiendo los consejos de su madre había pedido la mano de la señorita Luisa Gómez, hija del más rico agricultor del país.

Luisa era un pájaro blanco, educada en los principios de la moralidad más exigente, muy bonita, morena y con un busto repleto de agradables promesas. Nuestro gentil hombre, había visto desde el primer instante en su futura signos ciertos de un temperamento voluptuoso que le aseguraban una castellana muy agradable. ¡Son tan raras las distracciones en el campo!... Pero si el porvenir aparecía color de rosa, el presente era bastante complicado. Un matrimonio en el campo proporciona grandes tribulaciones cuando se ha de albergar á todas las bellas mujeres del país y á todos los caballeros distinguidos de la vecindad, y así, pues, fué preciso arreglar las habitaciones del castillo, preparar las cuadras y disponer una comida de sesenta cubiertos.

Cuando llegó el día de la boda, el marqués, que estaba rendido, dijo á su madre:

—Palabra, que si yo hubiera sabido el trabajo que cuesta casarse legítimamente, creo que hubiera continuado prefiriendo el amor libre...

—¡Quieres callarte, de gracioso!—contestó la marquesa indignada. Mira á tu prometida y te convencerás de que blasfemas.

—Verdad que resulta exquisita con su aire ingenuo ¡Pero, qué quiere usted, madre mía, estoy cansadísimo!...

En la iglesia, procuró conservar una actitud con eniente mientras el órgano tocaba la marcha nupcial de Mendelssohn; pero cuando llegó el momento de sentarse, dejóse caer en el sillón de terciopelo rojo del mismo modo que si hubiera estado en casa del dentista. Y mientras el obispo, en un discurso patético, pronunciado con voz nasal y lágrimas en los ojos, comparaba los méritos respectivos de las dos familias, la una aportando las tradiciones de un noble pasado y la otra todas las virtudes de la iniciativa moderna, símbolo de la pasión dichosa de dos sociedades, de la alianza de dos razas y de la formación de una nue-

## AUTOCARICATURA



*Demetrio*

—¿Y quién hace monos con esta cara tan hinchada que de seguir hinchándose no podré cogérmela con las dos manos?



va, el marqués se pellizcaba para no dormirse; sentía sus párpados cada vez más pesados bajo la episcopal elocuencia.

Al regresar al castillo, preciso fué ocuparse del *lunch*, cuidar de que todos tuviesen lo que les hiciera falta, saludar á los recién llegados y despedir á los que se marchaban, colocar durante la comida á los invitados en las diferentes mesas, no solamente según su jerarquía, sino también conforme á sus afinidades personales; y, en fin, por la noche, abrir el baile con Luisa, admitir las bromas de todos y sonreír constantemente.

A las dos de la madrugada, el último co-

## ALUMBRADO SUPLETORIO



Una.—¡Dichosa luz eléctrica, gracias á que tenía guardada esta vela!

La otra.—Sí, pero nos tendremos que arreglar las dos con ella.

che llevando al último invitado, abandonó el patio del castillo; y mientras Luisa lloraba con su madre, que la hacía no se sabe qué misteriosas recomendaciones al oído, el marqués tendióse en un sofá rendido y suspirando de satisfacción.

—¡Al fin solos!...—exclamó.

Sin embargo, aún fué necesario abrazar á la marquesa y acompañar á la madre de Luisa hasta sus habitaciones. Besó tiernamente la punta de los dedos de Luisa y dejándola confiada á los cuidados de una doncella, pasó después á sus habitaciones particulares. Mientras se ponía la camisa de dormir, hizo estas reflexiones:

—Evidentemente, voy á estar deplorable esta noche. Y con frecuencia, la felici-

dad de un matrimonio depende de la primera impresión que el esposo deja en el espíritu de la esposa. ¿Es obligatorio reventarse? ¿Por qué exponerse á una derrota, si no cierta, por lo menos probable? Soy esta noche, no sólo un profesor, sino un iniciador y nadie me impide aplazar mi primera lección hasta mañana. Luisa no sabe nada de la vida y encontrará esta detención muy natural. Así, pues, pasará esta noche en descanso reparador, tranquilamente al lado de mi mujer y mañana ¡respondo de la victoria!...

Serenado por esta resolución firme, entró en la alcoba nupcial, donde ya le esperaba Luisa confusa y ruborosa. Después de besarla cariñosamente, apagó la bujía y se acomodó lo mejor que pudo á su lado en espera de un descanso bien ganado. Le impedían, sin embargo, dormirse, los sobresaltos que á intervalos sufría su compañera, semejante á los que produce el contacto de una pila eléctrica. La buena comida, el *champagne* y sobre todo la proximidad del marqués, agitaban poderosa y violentamente á su joven esposa. Para calmar aquella nerviosidad inquietante contaba él con la sombra y el silencio. E indiferente á las vueltas que daba su compañera, ya para un lado, ya para otro, y á los saltos inverosímiles que la obligaban á dar los nervios, el marqués tomó el partido de hacerse el muerto, simular un sueño profundo y hacerse lo más pequeño posible y retirar las piernas para evitar todo peligroso contacto. Pero la grandísima agitación iba en aumento y Luisa daba vueltas y más vueltas en la cama, como un condenado en el potro y la colcha presentaba el aspecto tumultuoso de un mar combatido por la tormenta.

De pronto, en el silencio de la noche, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj de Sajonia, cuya misión era contar las horas dichas en aquellas circunstancias, se oyó decir claramente:

—¡Pedrol!

Pedro contestó con un gruñido sonoro.

—¡Pedrol!—repitió la voz de Luisa más imperativamente.

—Hija mía, ¿qué quieres? ¿Deseas algo? ¿Estás enferma?

—No, no estoy mala... Pero... ¿No te ha dicho nada tu madre?...

Luis de Ossa

Paris, 7 Abril de 1913.





—¡Qué atrevido es el aire y qué lástima que sea una cosa impalpable!

**Sucedidos...** El día antes de su boda, Enrique estaba apuradísimo.

Juanita, su prometida, era una niña inocentona, que no había salido de las faldas de su madre, y Enrique, mucho más corrido que jamás había valla ni obstáculo en sus mil aventuras galantes, estaba aturrido. La inocencia de Juana le producía cierto temor extraño; no sabía cómo abordar las arduas cuestiones que había de resolver la noche de novios.

Seguramente habría de ir poco á poco, muy poco á poco, poniendo en juego toda la delicadeza de su buena educación y de su finura de espíritu para ir abordando el problema; habría que hacer comprender á Juana muchas cosas, sin la menor crudeza, sin violencia alguna, con cuidado exquisito.

En este ánimo llegó Enrique á la noche de bodas.

¡Al fin solos! Y los criados, después de

cerrar las habitaciones de los señoritos, se retiraron á las suyas.

Pero nunca falta un servidor curioso que, en momentos culminantes, aplica su oído á las cerraduras para enterarse de lo que no le importa.

Y el que en este caso, picado por dañina curiosidad, abandonó su lecho y vino de puntillas á colocarse tras la puerta de la alcoba de los recién casados, pudo oír bien distintamente á Juanita que decía:

—¡Parece mentira que un muchacho tan corrido como tú entienda tan poco de estol...



—Señorito, ¿no hay una propineja para esta veterana?

Lea usted el martes  
EN EL LIBRO POPULAR

MI DULCINEA

Novela de  
CARLOS MIRANDA



## Compensación

¡Pobre  
Luisa!

Lleva unos cuantos días enfermita.

Tan enfermita que ha de visitarla el médico dos veces al día.

Arturo, su esposo, no puede abandonar sus asuntos y ha de salir por la mañana y por la tarde.

Lo extraño, lo verdaderamente extraño, es que mientras Arturo está en casa, parece que Luisa está más recargada. Apenas si se revuelve en el lecho; respira difícil y más frecuentemente que de costumbre; de cuando en cuando suspiros entre-

ferma hubiese estado inquieta, agitadísima...

Pero Arturo no se fija en nada.

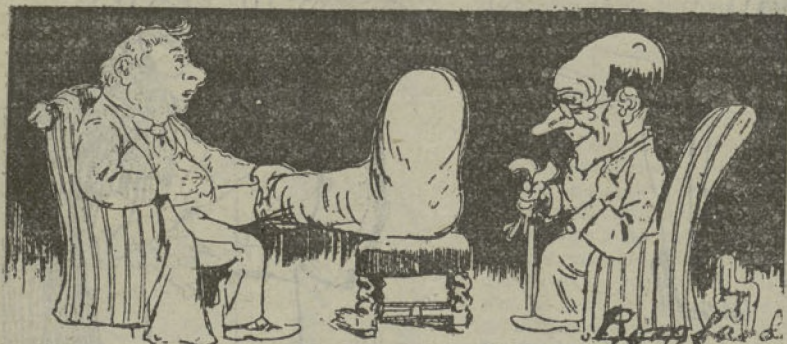
No se fija en nada, porque sólo se ocupa de arreglarse la corbata y la pechera de la camisa, de alisarse el pelo...

Arturo no es médico, pero es muy ingenioso.

Y su ingenio le ha servido para que se le ocurra pasar por médico y, como tal, visitar á Laura, una hermosa mujer que no está enferma, pero que, mientras su esposo permanece en casa, apenas si se revuelve en el lecho y respira más difícil y más

frecuentemente que de costumbre; pero, Arturo la visita, obra en ella la ciencia los mismos milagros que experimenta Luisa cuando está á su lado el doctor Martínez.

La cosa marcha al pelo, porque al marido de Lau-



—Doctor ¿y durará esto mucho?

—La tendrá usted hinchada lo menos ocho días.

—¡Qué lástima! Y mi señora fuera de Madrid.

cortados rompen el silencio... Luisa está muy malita. Pero cuando Arturo está fuera de casa, Luisa se serena, llega á respirar normalmente y, sobre todo, cuando el doctor, el joven y arrogante doctor Martínez, viene á visitarla, nosotros no sabemos qué ocurre, pero, seguramente, no nos engañaríamos si afirmásemos que Luisa era completamente feliz. ¡Oh, el poder de la Ciencia!

Cuando Arturo vuelve á casa, siempre encuentra á su esposa en el lecho, otra vez recargada, otra vez respirando difícil y más frecuentemente que de costumbre...

Y, aunque apenas si se revuelve en la cama, cualquier otro que no fuese Arturo se fijaría en que la ropa está desordenada, terriblemente desordenada, como si la en-

ra no se le ha ocurrido sospechar siquiera que Arturo no sea médico.

Y Arturo, cuando regresa á su casa, piensa en lo imbéciles que son algunos maridos que creen en las enfermedades de sus esposas y en la ciencia de los doctores que la visitan.

Y entra á ver á su mujercita, no sin haberse antes arreglado la corbata y la pechera de la camisa y de haberse alisado el pelo, porque siempre teme que su esposa pueda sospechar...

Pero su pobrecita esposa no está para nada; apenas si se revuelve en el lecho, respira difícil y más frecuentemente que de costumbre... Luisa está muy enfermita.

Y la enfermedad de Luisa y la de Laura mantienen el equilibrio.



Porque el equilibrio se mantiene en virtud de una ley que no tiene excepción. La ley de las compensaciones.

Jacinto Carmin

**Un atractivo** Aunque Eduardo Rosón sea un edil, completamente *hoja-parrresco*, ó lo que es lo mismo, de la intimidad de LA HOJA DE PARRA, no por eso se ha de librar de nuestra más enérgica, más terminante y más dura recriminación, sobre todo dura, porque las cosas de la intimidad cuanto más duras mejor.

Por una genialidad suya, nos hemos quedado sin uno de los espectáculos más típicos y más regocijantes que tenía Madrid. Y un hombre que de tal manera se conduce, es nada menos que concejal del municipio madrileño, y por consiguiente, está obligado á velar por los intereses del procomún. ¡Eso no es velar, eso es dormirse en el procomún, querido amigo y congenerel!

Vamos á ver, ¿á usted que más le daba que les llamasen burros á los presidentes de las corridas de toros? ¿Ha presidido usted alguna? No ha querido hacerlo, según nos manifestó en la sesión en que trató tan pintoresco asunto. ¡Pues entonces... á usted Prim, so prim...o!

¿Había nada más agradable los dominicos, que sacar su billete, irse temprano á la plaza provisto de unos prismáticos potentes, situarse cabe una de las escaleras que dan acceso á gradas y palcos y desde allí ver á mansalva las pantorrillas de las aficionadas (lo cual tiene la mar de aficionados), y luego meterse en el coso, que decimos los clásicos, y á las primeras de cambio, volver el rostro hacia el palco presidencial pa a decir media docena de epítetos terminados en *ón* al usía de tanda?

Bueno, pues eso nos lo ha escuchifollado usted, con su proposición, en virtud de la cual, ya no podemos desahogarnos con el municipio enchisterado.

Claro es, que nos queda la primera parte, ó sea, lo del observatorio de las pantorrillas; pero, eso, lejos de ser un desahogo, es precisamente todo lo contrario. A no ser que tenga usted el mal jugo lacteo de proponer ahora que nos pongan gafas

ahumadas á los mirones, ó que se obligue á las señoras concurrentes á llevar pantalones de odalisca, para que no podamos enterarnos de si están ó no torneadas sus extremidades inferiores, y si las medias son de Tolosa ó de más abajo de Tolosa.

Y si usted cometiese esta villanía sería el colmo, porque en más de una ocasión le hemos sorprendido en infragante delito de ojeo, en cuyo arte es tan práctico que hasta presume adivinar á la primera mirada, en qué establecimiento han sido compradas las medias.

¡Nos ha desbaratado usted el paso doble, con esos puritanismos de decoro corporativo! Porque ahora tendremos que reconcentrar todas nuestras naturales expansiones en los picadores tumbones y en los espadas *prudentes*, y eso no es ni justo, ni equitativo. La gracia de Dios y las broncas hay que repartirlas proporcionalmente.

Quien pagará los vidrios rotos de su desguisado será de seguro la empresa. Habrá muchos que al enterarse que ya no puede darse el gustazo de llenarle de improperios al edil no sacaran su billete, porque es lo que ellos dirán:

—¿Por qué le privan á uno del derecho individual de llamarle animal al presidente? Pues eso es una estafa y que vaya á los toros Rita.

Lo dicho, joven Rosin (relativaente joven, no se ponga usted tonto) que le ha quitado usted al espectáculo taurino de los madriles, un cincuenta por ciento de sus naturales atractivos. ¡Y si siquiera, le hubiese quitado también el otro cincuenta por cierto del recargo municipal!

Estamos con el Sr. Largacha, que considera la cosa más lógica del mundo que le llamen burro al usía, porque... ¡para algo es una autoridad paternal! Y además, que ya lo dijo el Sr. Pindado: no les llaman *burros*, sino *curros*, ó al menos así se oye el eco cuando llega al palco presidencial.

Que es una interpretación contraria en absoluto á la de aquel torero que al llegar el tren en que iba, á una estación de Francia, oyó al mozo de estación pregonar el nombre, la población en que se había detenido el convoy; y el hombre todo escamado se asomó á la ventanilla y exclamó furioso:

—¡Y yo en la tuya, por si acaso! ¿Sabes niño?

El Doctor Bombarda.



---

# NUESTRO CONCURSO

Terminado hoy el canje de cupones de nuestro Concurso, el próximo Jueves, día 17, á las once de la mañana, se celebrará en el teatro Rómulo el sorteo con toda clase de formalidades

El acto será público, y presenciado por la Autoridad.



En el próximo número publicaremos las bases del interesantísimo Concurso para provincias.

---

En breve aparecerá

## *Crónica del Crimen*

PUBLICACION GRAFICA

SENSACION ◆ EMOCION ◆ VERDAD

16 grandes páginas

**5 céntimos**

---

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Biblioteca Regional de Madrid